

adelgazándose a fuerza de alimentarse con dietas rigurosamente estadísticas. Así se llegaría, quizá, a concluir que aquella enumeración no señala diferencias propiamente dichas en la conducta capitalista sino en el enfoque de su estudio, y que, en cambio, constituye una buena guía para marcar etapas en el proceso único del desarrollo capitalista. Etapas que pueden ser sucesivas si se observa el devenir económico político de un solo país, o simultáneas si la observación crítica abarca una región o un conjunto de países.

Estas reflexiones, que parecen demasiado densas para un artículo periodístico, y más propias de un ámbito académico, tienen como propósito estimular al lector inteligente para que profundice por su cuenta en la comprensión de lo que está ocurriendo a su alrededor y en su momento. Y el único camino para comprender es estudiar y observar críticamente venciendo, de paso, la

frustrante actitud hostil hacia los intelectuales que lo hacen. Sólo conociendo el contexto económico político nacional e internacional en la actualidad, pueden comprenderse cuáles son, por ejemplo, las funciones de un organismo como el GATT, y juzgarse con propiedad la conveniencia de ingresar o no en él. (Esto si acaso existe realmente alternativa y si no estamos ya, prácticamente, dentro del GATT o condenados a estarlo.) Conociendo dicho contexto, pueden entenderse mejor tanto la política económica que sigue —o que está obligado a seguir— el régimen que nos gobierna y condiciona, como la correcta ubicación de los partidos políticos y sus estrategias y tácticas de lucha para compartirlas o rechazarlas. Por demás está añadir que en esto consiste la verdadera “politización” de un ciudadano deseoso de participar activamente en la vida política de su país y de darle contenido real y vigencia a la reforma política.

*Artículo publicado en
el periódico El Universal,
el 18 de agosto de 1981.*

TRASNACIONALES Y ESTADOS NACIONALES

Las relaciones entre los llamados “Norte” y “Sur” se han complicado porque es el contexto mundial el que se ha vuelto más complejo. Ese fenómeno cualitativamente nuevo en la evolución del capitalismo, representado por la creciente independencia de las grandes corporaciones privadas, es fuente de continuos conflictos entre éstas y los Estados nacionales tradicionales en cuyo interior tuvieron —y siguen teniendo— sus matrices. Las consecuencias de dichos conflictos han exacerbado la competencia de las naciones industrializadas entre sí y también sus respectivas luchas de clases internas. Todo esto repercute gravemente en las relaciones con las naciones empobrecidas del Sur. A su vez, los escenarios políticos nacionales son influidos sensiblemente por esto último.

Para entender cabalmente lo que está ocurriendo a nuestro alrededor es preciso visualizar uno a uno los elementos que se enmarañan en la crisis global que está sufriendo hoy el mundo. El inmenso poderío de las trasnacionales, fenómeno histórico propio de la evolución capitalista a partir de finales de la última guerra mundial, representa en sí el desarrollo exitoso de un nuevo modelo de acumulación, establecido después de la prolongada crisis entre las dos grandes guerras y de su catastrófico desenlace en la segunda de ellas. Veinticinco años de incesante crecimiento económico atestiguan el éxito de la nueva modalidad acumuladora y

marcan el mayor auge del capitalismo en toda su existencia, auge que termina con el inicio de esta otra gran crisis en la que estamos sumidos. La aparición de las corporaciones trasnacionales, en cuanto paso lógico en la incesante concentración de capitales típica o característica del capitalismo, es irreversible. Y, resueltamente, no son ellas las que están hoy en crisis, sino las empresas más débiles y, en general, *el sistema capitalista tradicional*. Hay por lo tanto que situar los conflictos entre ellas y los Estados nacionales tradicionales en términos acordes con esta realidad.

Por otra parte, los peligros que las poderosas corporaciones entrañan para las causas populares no residen tanto en el carácter capitalista *transnacional* que poseen como en el sello capitalista *privado* que las caracteriza. No es, pues, la trasnacionalización de nuestras economías el objetivo inmediato contra lo que debemos apuntar, porque eso equivaldría a querer detener el curso lógico de la historia, sino contra el hecho de que tal transformación la realicen los pulpos monopolistas de siempre.

En consecuencia, una lucha política consciente —que tome en cuenta la necesidad de graduar los objetivos— en la actualidad debería partir de una redefinición de los conceptos *Estado— Nación—nacionalismo*, además de una revisión de nuestras relaciones con el primero y de nuestra posición frente a los segundos. (Cuando digo “nuestras” estoy hablando —hipotética y esperanzadamente— por supuesto, en nombre de esa izquierda consciente.)

Nunca como ahora había sido tan perentoria la necesidad de que el Estado representara verdaderamente a

las mayorías y de que un auténtico nacionalismo se basara en el fortalecimiento de los lazos nacionales (casi diríamos "familiares"). En el paso obligado hacia la transnacionalización global de nuestra vida, que se inició para no detenerse ya ni en el tiempo ni en el espacio, y cuya meta será nuestra transformación a largo plazo de mexicanos (o ingleses, o argentinos, o nicaragüenses) en "ciudadanos del mundo y compatriotas del hombre", corremos el peligro de naufragar, en el corto plazo, en una internacionalización anodina que nos convierta en perfectos *zombies* teledirigidos por la propaganda comercial hacia el consumismo estandarizado como único objetivo de la vida, si no contáramos con poderosas defensas colectivas de donde extraer nuestras armas individuales. Entendámonos: quiero decir que para lograr esa deseada universalidad que sería la afirmación plena del ser humano, es preciso evitar la disgregación moral y psicológica que acompaña la pérdida de los valores de la cultura propia dentro de una internacionalización disolvente. (Como quien dice: para volar mejor es preciso afirmar raíces.)

En términos económicos esta expresión se traduciría en absoluta obligatoriedad de fortalecer primero mercados internos para participar con nuestra personalidad y nuestra soberanía intactas, sin peligro de que se esfumaran ambas y de diluirnos, con más penas que gloria, en una economía única de alcance mundial.

Se ha hablado suficientemente y se ha formado conciencia acerca de la manipulación ejercida por los intereses comerciales a través de los medios de comunicación masiva controlados por ellos, cuyo resultado es la aterradora enajenación que muestran grandes masas humanas en todas partes. Contra esta agresión a lo más humano que posee el hombre —su raciocinio— ejercida principalmente por el imperialismo en su forma más actual —las empresas transnacionales— no tendríamos mejor defensa que la que podríamos lograr si los Estados nacionales respondiesen plenamente a los intereses populares mayoritarios y no estuvieran fundidos sus intereses, como en el caso de algunos de ellos, con los intereses del imperialismo; si no fueran sus cómplices en otros casos, o si no estuvieran a su servicio como es lo más frecuente.

Cuando se llega a esta conclusión es fácil comprender por qué se justifica históricamente la aparición de esa nueva estrategia de lucha revolucionaria llamada *eurocomunismo*. Es cierto que éste aparece en países de capitalismo avanzado; pero tiene su equivalente en esa búsqueda de nuevas estrategias que está originando crisis internas también en los partidos políticos de izquierda —especialmente en los marxistas— en nuestros países de capitalismo dependiente. Porque el eurocomunismo y sus equivalentes, considerados desde este punto de vista, entrañan una nueva teoría del Estado, y una forma de nacionalismo, al convertir el

Estado en el eje central de la transformación de la sociedad mediante una paulatina transformación del mismo Estado. Es decir, lo que Santiago Carrillo, dirigente comunista español, e ideólogo a pesar de él mismo, califica como "un darle vuelta a la tortilla"; transformar desde adentro el actual Estado, ahora al servicio de la clase dominante.

Si pensamos que las gigantescas corporaciones transnacionales *privadas* constituyen hoy el máximo peligro para las causas populares, y para los capitalistas *rezagados* también, es lógico pensar que no podemos quedar al margen, ni dejar de tomar partido, en el conflicto creciente entre aquellas empresas transnacionales y los Estados nacionales tradicionales. A su vez, los gobiernos de los Estados nacionales que no hayan claudicado todavía y que por circunstancias propias tengan voluntad de sobrevivir y de luchar por su existencia, no tendrán más remedio que buscar apoyo en las masas populares. Se abre, pues, un gran espacio político para la lucha conjunta. (Si así se presenta la situación entre nosotros, ¿de quien sería la cabeza de piedra en la que se fraguó la burda, simplista, o maquiavélica intriga de quinta categoría, mediante la cual se negó el registro legal al Partido Mexicano de los Trabajadores y se le regaló al Partido Revolucionario de los Trabajadores, temiendo que el primero fortalecería la izquierda organizada y suponiendo que el segundo provocaría, en cambio, su desunión?)

Por otra parte, resultan ajenos a la realidad política actual, y extemporáneos en este periodo de intensa transnacionalización de las economías locales, amén del creciente abatimiento de toda clase de fronteras: aduanales, jurídicas y culturales, con sus concomitantes conflictos entre empresas transnacionales privadas y Estados nacionales, resultan extraños, repito, razonamientos teórico-políticos, dentro de un sector de la izquierda, que desembocan en la exigencia de "la desaparición del Estado burgués". Si esto significara únicamente una deseable pérdida del carácter "burgués" del Estado, todo estaría bien; pero desgraciadamente lo que exigen es la desaparición del Estado mismo. Tanto es así, que lo mismo se lanzan contra el Estado en los países capitalistas que contra el Estado soviético o los similares a él, llenando de inmenso regocijo a las poderosas tecnoestructuras que fungen como cerebros de las corporaciones transnacionales privadas. Sólo el simplismo propio de la adolescencia (o de la vejez) política puede identificar bajo una sola denominación —"burguesía"— a las burguesías propiamente dichas, es decir, las burguesías tradicionales que, junto con el proletariado construyeron el sistema capitalista conocido hasta aquí, y las fabulosas tecnoestructuras que están, precisamente, destruyendo ese mundo burgués estrecho que ya les estorba, mientras siguen edificando el mundo futuro prefigurado por las películas y la literatura llamada de ciencia-ficción.